

MÓNICA MARTÍN MANSO

# EL CHICO CON EL QUE CONTABA ESTRELLAS

*El chico con el que  
contaba estrellas*

Mónica Martín Manso

Esencia/Planeta

© Mónica Martín Manso, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Sophie Güet  
© Imagen de la cubierta: 2017-2021 Pngtree by 588ku  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: febrero de 2022  
ISBN: 978-84-08-25057-9  
Depósito legal: B. 661-2022  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Capítulo 1

La vida raramente, muy raramente, sale como la hemos planeado. Es tan hija de puta que va a su bola. Te maneja con sutileza a través de eso que nos empeñamos en llamar destino, manipulando un manojito de hilos invisibles para llevarte justo por donde ella quiere, como si fueras un títere. O sea, mal que nos pese, y esto que os voy a decir puede que duela, somos unos monigotes a su antojo, y a veces su antojo es muy caprichoso, muy voluble y muy cabrón.

Decía John Lennon que la vida es aquello que te va sucediendo mientras te empeñas en hacer otros planes.

No sé si yo me he empeñado alguna vez en disfrutar de los placeres comunes de los que disfrutan el resto de los mortales; ya se sabe, un *pack* de esos —muy a menudo indivisible— que incluye pareja e hijos. Un dos por uno, cual oferta del Carrefour. Supongo que cuando era cría sí, como todas, aunque no estoy segura. Siempre he sido un poco como la vida, me ha gustado ir a mi bola. Lo de seguir la corriente, o convencionalismos varios, no parece estar hecho para mí.

Sea como sea, y me empeñara en lo que me empeñase de niña, he acabado liada con un hombre casado. Para ser más concreta, he acabado liada con mi jefe, que está casado, como ya he dicho, y que además tiene hijos. Tres, exactamente. Su *pack* era de familia numerosa.

No me excusaré en un alarde de cobardía detrás de esos manidos clichés que resultan absurdos y más aburridos que una misa retransmitida por radio. No diré que él me ha prometido

dejar a su mujer, con la que lleva casado más de una década, ni que su matrimonio va mal y está pensando en separarse, ni que va a bajarme la luna, porque sería faltar a la verdad. Tampoco yo quiero que se divorcie ni que me regale la luna. Sería demasiada responsabilidad sobre mis hombros y, además, ¿qué coño iba a hacer yo con la luna? ¿Dónde iba a meterla? Mi piso es muy pequeño.

—Lara, ¿qué esperas de un hombre casado que además tiene tres hijos? —me pregunta Helena. El sonido de su voz está impregnado de una nota de desaprobación.

Helena es una de las primeras personas que me tendió la mano cuando llegué a estudiar Turismo a un Madrid caótico y demasiado grande, recién cumplida la mayoría de edad. La conocí el primer día de clase en la universidad, cuando andaba más perdida por el laberíntico edificio que un cliente de visita por Ikea. No me habría orientado ni con flechas fluorescentes en el suelo. Tantas puertas, tantos pasillos, tantas aulas...

—¿Buscas la clase de Sociología del Turismo? —me preguntó mientras yo leía el cartel de la puerta con la misma concentración que un cirujano extirpa un tumor en el cerebro.

Giré el rostro hacia ella. Ante mí tenía a una chica más o menos de mi edad, de facciones suaves salpicadas de una constelación de pequeñas pecas, aferrada a una carpeta, que me miraba con expresión amable. Yo, en cambio, mostraba un ceño profundamente fruncido y a ratos contrariado, como si estuviera inmersa en el entramado de uno de esos complejos problemas matemáticos cuya resolución se premia con un millón de dólares. *Problemas del milenio*, creo que se llaman. Sé lo que estáis pensando, que soy una dramática, y tenéis razón, lo soy.

—Sí —respondí desesperada, porque me daba en la nariz que iba a llegar tarde.

—Es esta —dijo con indulgencia, apiadándose de mí.

Mis pulmones se vaciaron de golpe por el inmenso alivio que sentí. ¡Alabado fuera Dios y todos los que están sentados a su derecha! Por instinto, me llevé las manos al pecho con la sensación de que se me acababa de aparecer la Virgen María.

—Joder, menos mal, llevo más de diez minutos de reloj dando vueltas como una tonta —le expliqué—. Ya pensaba que no iba llegar a la primera clase.

—Eso nos ha pasado a todos alguna vez. A mí me ha ocurrido lo mismo antes con la asignatura de Geografía Turística —dijo cómplice.

Me sonrió con esa calidez con la que sonríen las personas comprensivas y generosas, y en ese instante supe que íbamos a hacer buenas migas, como diría mi madre.

Y no me equivoqué.

—Me llamo Lara —me presenté.

—Yo Helena.

Nuestra amistad fue consolidándose a través del tiempo y del espacio hasta convertirnos prácticamente en hermanas. Entre nosotras circulaba un amor fraternal que nos empujaba a apoyarnos y a protegernos la una a la otra. Ambas compartíamos virtudes, defectos y pareceres, ambas nos habíamos trasladado a la gran ciudad desde nuestros pueblos natales cuando éramos unas niñas de dieciocho años. Íbamos a la capital con miedo, pero también con la maleta llena de ganas de bebernos la vida y de comernos el mundo, si es que antes el mundo no nos comía a nosotras.

Aún recuerdo aquel encuentro como si fuera ayer, está impreso en mi memoria con una nitidez rigurosa. Sin embargo, hace ya más de once años.

Me encojo de hombros con un gesto vago, volviendo a la realidad de la terraza de la cafetería en la que nos encontramos sentadas.

—Nada —contesto con humildad a su pregunta. Y es cierto—. No espero nada de él. Nunca lo he hecho. Sé lo que hay y en qué situación estamos.

Helena levanta la cabeza y me mira por encima del borde de la taza de su café capuchino, su preferido. En el fondo de sus vivarachos ojos grises hay un destello de comprensión.

Ella nunca ha aprobado mi relación con Javier. Siempre lo ha dejado claro. No porque albergue algo contra él, o quizá sí, puesto que no tiene en muy buen concepto a las personas infieles, y Javier

lo es, pero, como mi mejor amiga, me apoya en todas las decisiones que tomo, incluso aunque no sean las más acertadas o no esté de acuerdo.

—En serio, puedes escoger al hombre que quieras. ¡Al que quieras! —enfatisa con vehemencia. Deja la taza en el platillo, levanta las manos y comienza a enumerar con los dedos—. Eres guapa, inteligente, dulce... y haces un arroz con leche para chuparse los dedos —bromea.

No puedo más que sonreír a su retahíla de halagos.

—Me ves con muy buenos ojos —apunto.

—¡¿Qué buenos ojos ni qué mierda?! Los tíos se quedan bizcos al verte. Los amigos de Gustavo me acosaban a preguntas sobre ti cuando te conocieron. En la facultad sucedía tres cuartos de lo mismo. Todos querían tener una cita contigo, pero tú tuviste que liarte con un hombre casado y con hijos, un hombre que solo te hace perder el tiempo, porque nunca se va a separar de su mujer.

—Lo sé —reconozco frunciendo levemente el ceño—. Tampoco quiero que deje a su mujer, no me sentiría bien si lo hiciera, por eso nunca se lo he pedido ni me atrevería a pedírselo. No me divierte la idea de destrozar un hogar.

Helena abre los ojos y muestra en ellos una mirada concluyente que me dirige como un dardo.

—¿Entonces...?

—Bueno..., conoces a Javier. —Javier en sí mismo resulta una buena justificación. Solo hay que verlo. Está para exponerlo en un museo—. Es un hombre muy atractivo, inteligente, culto, y posee un carisma como pocas personas.

—Ya sé que es muy atractivo, que es inteligente y culto. Ya sé que también es muy carismático, que le vendería un peine a un calvo. Sería el hombre perfecto, Lara, si no fuera porque es un cabrón. Le pone los cuernos a su mujer. ¡Y se los pone contigo!

Lanzo un suspiro al aire, vaciando los pulmones. Me lo dice como si no lo supiera.

—Lara, no mereces ser *la otra*. —Helena vuelve a hablar con un sentido común que aplasta cualquiera de mis argumentos, por muy

sólidos que sean o parezcan—. No mereces que ningún hombre te tenga a la sombra, que te relegue a un segundo plano en su vida. Te mereces ser protagonista, no un personaje secundario.

Y tiene razón.

Sé que la tiene.

De verdad que lo sé.

—¿Y qué hago? —planteo, dejando caer los hombros en un gesto resignado o derrotista, o una mezcla de ambos—. Estoy enamorada de él —admito, como siempre he hecho—. Lo quiero. —Mi voz se ha vuelto un susurro.

—Lo sé, cariño, pero Javier es un camino que no lleva a ninguna parte.

\* \* \*

De regreso a la agencia de viajes, en pleno corazón del paseo de la Castellana, no paro de dar vueltas a la conversación que he mantenido con Helena. No es que otras veces no hayamos tocado ese tema, pero en esta ocasión me ha afectado más que en otras. Es cierto que mi relación, o lo que sea que tengo con Javier, no me va a llevar a ninguna parte. Es un callejón sin salida. Y ya sabemos qué sucede con esas cosas: que permanecen en un constante y eterno punto muerto.

Tengo cumplidos los *veintitodos* y me estoy acercando peligrosamente a la treintena, la década más importante en la existencia de una persona. Esa década en la que te casas, tienes hijos, te estableces y creas una familia. Esa década en la que adquieres tu *pack*, en la que oficialmente te conviertes en un adulto, por la puerta grande, y ya no hay vuelta atrás.

Helena y su novio, Gustavo, ya están planeando pasar por el altar, y de ahí a tener hijos solo hay un paso, uno muy pequeño. Llevan juntos tantos años que he perdido la cuenta, hasta ellos la han perdido. Es lógico que quieran formalizar su relación. Yo, en cambio, no tengo nada que formalizar con Javier, ni ante Dios ni ante los hombres.

Lo que tengo de pronto es la sensación de estar a años luz del

resto del mundo. De ir a la retaguardia. De estar en el culo del universo. Es una sensación que no he experimentado nunca hasta este momento, y que no me gusta nada, porque el sabor que me deja en la boca es amargo.

Al llegar, Gonzalo ya está atareado programando el nuevo itinerario de los viajes a Tailandia, conviene refrescar las rutas para atraer a nuevos clientes, y Alma, la otra empleada de la agencia, ha estado todo el día visitando hoteles para incorporarlos a las promociones, así que no se encuentra en la oficina en estos momentos.

—Hola, Gonzalo —saludo al entrar.

—Hola, guapa —dice con ánimo por encima de la pantalla del ordenador.

Gonzalo tiene treinta y cinco años y una expresión particularmente ratonil. El primer día que lo vi le dije a Alma que era clavado a Stuart Little. Sí, el de la película. Y más cuando una mañana se presentó con un jersey de lana verde con rayas azules, como él. Ninguna de las dos pudimos evitar echarnos a reír cuando lo vimos aparecer en la agencia.

Voy directa a mi mesa, situada al lado del despacho de Javier, y me siento en la silla giratoria.

—¿Estás bien? —me pregunta Gonzalo, que parece haber percibido algo en mi rostro.

Sonríó con desgana.

—Creo que necesito cogerme las vacaciones ya —digo para salir del paso, fingiendo desenfado y disimulando lo que realmente da vueltas en mi cabeza hasta el punto de marearme.

No era plan de contarle a Gonzalo los escarceos que mantenía con el jefe desde años atrás. Ahora me parecen tantos que no me atrevo ni a ponerles número.

Entré en la agencia como becaria después de acabar la carrera, a través de las prácticas no remuneradas que concertaba la universidad con distintas entidades privadas, y ya no salí de allí. Desde el primer momento le caí bien a Javier, y él a mí, no voy a negarlo, pero no fue hasta un año después que nos liamos por primera vez.

Fue en Barcelona.

Lo acompañé a la Ciudad Condal para visitar la nueva sucursal que había abierto allí. Iba en calidad de ayudante, para formar a los nuevos empleados en una especie de *masterclass* exprés, y terminamos follando como animales irracionales en el hotel.

No fue algo buscado o premeditado, o por lo menos no por mi parte, aunque Helena siempre ha afirmado que Javier me pidió a mí que lo acompañara para llevarme al huerto de una vez por todas. Quizá fuera verdad, quizá sí hubiera premeditación y alevosía en su intención. Nunca me lo ha confesado y yo nunca se lo he preguntado, pero nuestra aventura se ha ido alargando y con los años ha llegado a convertirse en una relación en las sombras con identidad propia.

—Todos las necesitamos. Este año ha sido un caos —dice Gonzalo, continuando con la conversación—. Yo estoy hasta los cojones. Tengo ganas de pillarme mis quince días y largarme a la Costa del Sol, a ver si me ligo a una guiri.

La voz de Gonzalo hace que relegue al fondo de mi cabeza los pensamientos sobre Javier.

¿A una guiri? ¿Ha dicho a una guiri? Como no sea a una de esas que van cargadas de alcohol hasta las cejas..., es decir, ciegas como beodos, lo dudo. Gonzalo no es demasiado guapo ni posee una personalidad medianamente atractiva o cautivadora. ¿A qué chica en su sano juicio podría gustarle un tío que parece la versión humana de Stuart Little?

—La verdad es que no hemos parado ni un minuto, y el verano se presenta igual de movido —digo.

—No creo que nuestro querido jefe esté descontento —comenta con mordacidad, mientras yo me hago la sueca guardando el bolso en uno de los cajones de la mesa—. El muy hijo de puta se ha embolsado un auténtico dineral este año solo con las siete agencias que tiene en Madrid.

Me quedo cortada porque no sé muy bien qué contestar cuando Gonzalo y Alma despotrican de Javier (como hace el 95 por ciento de los empleados de sus jefes). ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿O decir? ¿Echar pestes del tío al que me follo? Es mi jefe, sí,

pero también es mi amante, aunque esta palabra me suena a intrigas palaciegas del siglo XVII.

Por suerte para mí, la conversación se interrumpe cuando él entra en la agencia.

La luz natural de la Castellana recorta la silueta de su figura en la puerta de la oficina. Yo lo miro embobada, como cuando era una becaria. Y es cuando lo miro cuando encuentro la respuesta a las preguntas que me hace Helena. A todas y cada una de ellas. Entonces se despejan las dudas y desaparecen las indecisiones.

Javier es un hombre de cuarenta y tres años, de constitución atlética; alto, con un aplomo y un semblante que lo hacen destacar del resto. Su afición al pádel, deporte que practica casi a diario, le confiere una musculación de deportista de élite. Posee unas facciones varoniles y acusadas que resultan sumamente atractivas. Vale, ya veis que estoy colgada de él.

—Buenas tardes —nos saluda.

—Buenas tardes —contestamos Gonzalo y yo al unísono.

—Gonzalo, ¿has terminado los nuevos itinerarios para los viajes a Tailandia? —le pregunta Javier.

—Sí. Acabo de terminarlos.

—Llévalos a la imprenta para que editen los diseños definitivos.

Gonzalo asiente en silencio, coge los itinerarios de encima de su mesa, los guarda en el maletín y se marcha. Yo sé qué es lo que pretende Javier. Siempre que quiere quedarse a solas conmigo para pasar un buen rato en su despacho, se deshace de los chicos mandándolos a algún recado fuera de la oficina.

La puerta se cierra tras Gonzalo y Javier se apresura a echar el cerrojo. Todavía quedan veinte minutos para abrir oficialmente y los quiere aprovechar bien. Hoy viene con ganas. Con las mismas que tengo yo. No sé cuánto tiempo hace que no hemos estado juntos. ¿Días? ¿Semanas? ¿Un mes? Para mí, una eternidad. La comunión de su hija y el fin de curso de los otros dos churumbeles lo han tenido muy ocupado.

Se vuelve enfundado en su impoluto traje de elegante corte y se acerca a mí despacio esbozando una sonrisa traviesa en unos labios que permanecen cerrados.

Conozco muy bien ese gesto sensual e incitante, anunciador de pecados e impulsos pecaminosos.

—Acompáñame a mi despacho. —Juega, cediéndome el paso.

—Sí, señor —respondo pícara, siguiéndole el juego.